

Dos veces transgresoras*

El análisis de la participación de las mujeres en la militancia de los años 70, y específicamente de su participación en las organizaciones político-militares, ocupa un espacio muy reducido en la ya abundante producción referida a esa época. Los materiales existentes son mayormente testimoniales (1). Los estudios que trascienden el nivel de la denuncia y el testimonio, omiten toda referencia a la especificidad de la condición femenina.

No hay en Argentina nada que se parezca a un proceso como el vivido por ejemplo por las Dignas, de El Salvador (Asociación de Mujeres por la Dignidad y la Vida), mujeres procedentes del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional que después de los llamados Acuerdos

* Versión ampliada, inédita, de lo que originalmente fue la ponencia "Militancia y transgresión", leída en las Jornadas de reflexión Historia, género y política en los 70, 10,11 y 12 de agosto de 2006, organizadas por el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IEGE) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; publicada en Andrea Andújar y otros (comp.) *De minifaldas, militancias y revoluciones*, Buenos Aires, Ed. Luxemburg, 2009.

de Paz en 1992 se organizaron en tareas civiles y sociales, y desde su asumida condición de feministas evaluaron su participación en la guerrilla. Por una parte reconocen la persistencia del machismo en la asignación de tareas de las mujeres que funcionaron como “apoyo” de los insurgentes, fundamentalmente como cuidadoras; dentro de la estructura militar, especialmente en la dificultad de las mujeres, cualesquiera fueran sus méritos, en obtener rangos altos; la anti-concepción era responsabilidad exclusiva de las mujeres; las militantes que parían debían dejar sus hijos al cuidado de otras mujeres, familiares o no, pero fuera del escenario del enfrentamiento armado, y había nula comprensión del dolor y los conflictos que eso significaba para ellas. El haber dejado a sus hijos al cuidado de otras se convirtió en un factor de rechazo familiar y social cuando regresaron a la vida civil, rechazo protagonizado por los mismos que celebraban el heroísmo de los varones revolucionarios, padres de esos mismos niños. Esta descripción de las peripecias de la participación femenina en la guerrilla tiene muchos rasgos en común con lo que ha trascendido de las mujeres que participaron o participan de situaciones análogas en otros países de América Central, en Colombia, Perú, o Bolivia.

Pero junto a estas constataciones está la admisión de que la militancia cambió drásticamente la percepción que esas mujeres tenían de sus propias capacidades, sus roles y su vida. En muchos casos esos cambios fueron transitorios y coyunturales: duraron mientras duró la actividad guerrillera. Muchas ex militantes se acomodaron a los roles más tradicionales posibles como condición para volver a ser aceptadas en sus comunidades. En otros, como el de las militantes de Dignas, se transformó en un replanteo de su situación en la sociedad a futuro, y en una evaluación de su pasado militante que no es complaciente, pero que reconoce en aquella experiencia la raíz de su evolución posterior.

Feministas vs militantes

Trato de interpretar la diferencia con Argentina: el feminismo y el movimiento de mujeres cobró en el país cierta fuerza y se hizo visible a partir de 1984, en una década caracterizada por la valorización de la democracia institucional, una valorización marcada por el sello alfonsinista. La teoría de los dos demonios no era el mejor marco para volverse a los años 70, confundidos en la noche de un horror único. Simplificando, las principales vertientes

del feminismo en Argentina en su desarrollo de los últimos 25 años están representadas por las denominadas “autónomas” y las denominadas “institucionales”, corrientes opuestas que confluyen por muy diferentes razones en el rechazo de ese pasado. Las autónomas, de posiciones radicales, lideraron en los años 90 la oposición a un funcionariado feminista incorporado a grandes entidades internacionales, desde la ONU, o la OEA, al Banco Mundial; oposición que extendieron prácticamente a todas las ONGs; en su repudio a las prácticas conocidas de la política patriarcal englobaron a todos los sectores políticos y sus metodologías, incluidas las de las organizaciones político-militares de los 70.

Las “institucionales”, que partieron de las estructuras de la Unión Cívica Radical, se implantaron en las estructuras de una democracia representativa fundada en el repudio del pasado reciente, fuera golpista o insurgente, con una inspiración fuertemente antiperonista.

En cuanto al peronismo, su relación con la militancia femenina está marcada por la proverbial ambigüedad de la figura de Eva Perón. Su culto, por momentos idolátrico, pudo servir como fuente de promoción social de la mujer –el sufragio femenino, la participación política, la inserción en el mundo laboral y sus derechos–

o como una manera de consagrar la unicidad, el carácter irrepetible de Eva Duarte, salteando por consiguiente el protagonismo de las mujeres. Se ha señalado cómo ese culto impidió un análisis del fenómeno de la participación crucial de las mujeres trabajadoras en la formación del movimiento peronista, e impidió la transmisión más sostenida de esa experiencia en el desarrollo ulterior del peronismo (2). Convocadas desde su condición de esposas y madres, antes a la participación en las Unidades Básicas y a la lealtad al presidente Perón que a la autonomía económica y al mundo laboral y profesional, las mujeres se vieron social y políticamente promovidas. Por otra parte, la misma Eva Perón que exaltaba el hogar no presentaba ella misma un modelo de vida hogareña. Había salido de su casa materna a los 15 años y había peleado un lugar como actriz antes de ser la mujer de Perón y de casarse con él. Su figura fue siempre resistida desde instituciones como la Iglesia y las Fuerzas Armadas, y todo el antiperonismo, desde la izquierda a la oligarquía, la calificó sistemáticamente de prostituta.

Cabe preguntarse: ¿Qué escuchaban las obreras, las empleadas domésticas, las amas de casa de hogares proletarios, en los discursos de Eva Perón? ¿El mensaje literal, o el aliento de la mujer osada, que sin mayor consideración por

la opinión ajena perseguía sus propios objetivos en un mundo hostil?

Marta Zabaleta, en una tesis doctoral donde argumenta contra la noción del conservadurismo de las mujeres latinoamericanas, que estaría ilustrado en su adhesión al peronismo, ha desarrollado el proceso de adhesión e identificación de las amas de casa de las clases bajas, de las empleadas domésticas y de las obreras a la voz de Evita, que escuchaban por radio en sus discursos, y que era la misma voz que las había cautivado pocos años antes en las radionovelas que escuchaban desde sus hogares y trabajos. “Para la mayor parte de esas mujeres [amas de casas pobres, empleadas domésticas] Eva Duarte había entrado en sus vidas como una voz” (3).

En los años 80, a través de la denominada renovación, el peronismo, derrotado en las elecciones, para competir dentro de las pautas de una democracia liberal que nunca había cultivado, se plegó tardíamente al aprendizaje de las prácticas de organización política propias del partido que siempre se había negado a ser dada su condición de movimiento. La revista *Unidos* es una muestra del repudio de la renovación peronista a la opción de la lucha armada asumida por sectores peronistas en la década anterior por una parte, y por otra de su resolución de ignorar la cuestión

femenina en su autocrítica del pasado. Un grupo de mujeres que sacó la publicación *Unidas* en 1987 tuvo que hacerlo aparte, y la iniciativa duró muy poco (tres números).

Hay que destacar también que si bien en el feminismo hay muchas mujeres que tuvieron militancia política en aquellos años, esas dos etapas de sus vidas quedaron separadas, no ha habido un intento, al menos explícito, de vincular sus móviles para una y otra militancia. Las expresiones que se han hecho oír son de repudio a ese pasado. En las que no se plegaron a ese repudio explícito de algún modo entraron en conflicto su lealtad a su pasado militante con la lealtad a las agrupaciones feministas. Por otra parte, una cantidad de mujeres que militaron conservaron la misma negativa a la consideración de una especificidad de la lucha femenina que sostenían durante su militancia.